

MEMORIAS DE UN AMOR PLATÓNICO

Claudia Ramírez

Ha pasado tanto tiempo desde el último encuentro que tuve con mi Mamá Elena biológica que las memorias ya no saben discernir entre la ficción y la fantasía; dos conceptos producto de la imaginación porque así, como una ilusión familiar, fue precisamente nuestra relación.

Indudablemente, tratándose de partir, dismantelar, desmembrar, desollar, destetar, desjarretar, desbarretar o desmadrar algo, Mamá Elena era una maestra.

LAURA ESQUIVEL,
Como agua para chocolate

Un día, después de leer *Carta al padre* de Kafka, decidí hablar sobre mis madres. Así en plural porque aquella cuya sangre pulula por mi cuerpo ya no me reconoce ni mucho menos sabe quién soy. De igual forma hablo sin saber sobre quién lo hago en realidad. Incluso desconozco por qué escribo lo que aquí escribiré. Quizá sea por mera necesidad, como una especie de catarsis liberadora de mi cuna trágica. Ha pasado tanto tiempo desde el último encuentro que tuve con mi Mamá Elena biológica

que las memorias ya no saben discernir entre la ficción y la fantasía; dos conceptos producto de la imaginación porque así, como una ilusión familiar, fue precisamente nuestra relación. Que si ocurrió esto o aquello, que si en realidad no ocurrió nada, *who cares?* Solo pretendo dibujar esa imagen que es fundamental para cualquier ser humano y de la que todos hablan: la de la madre. Pero bajo el velo de su ausencia, ¿cómo elegir entre las tantas madres que pasaron por mi vida, que fueron todo y a la vez nada? Será mejor que acuda a todas ellas para difuminarlas en una.

De acuerdo con la RAE, la palabra *madre* tiene muchas acepciones. La primera corresponde a aquella mujer o hembra que ha parido a otro ser de la misma especie. Se dice que a la hora de parir, por ciertas sustancias químicas que se desprenden del organismo, como la dopamina, la madre crea un vín-

culo emocional con su cría. Así mismo, la cría, debido a su vulnerabilidad, desarrolla una conducta de apego hacia la madre. Sin embargo no siempre ocurre esto. O la dopamina de Mamá Elena decidió no funcionar esa madrugada de invierno en que mi vulnerabilidad se abrió camino en este mundo, o simplemente no pertenecemos a la misma especie. Ella, tierra alta de un bravo volcán, sobre la cual uno tiene que caminar con precaución tanteando el terreno por si decide hacer erupción. (O como dirían en mi barrio, “con ella ponte bien trucha”). Y yo, la más profunda agua de los océanos con la cual se vierte la fuente del misterio, de la melancolía y de la pasividad, que jamás pude ponerme trucha. Hasta el día de hoy me pregunto: ¿a quién se le habrá ocurrido mezclar estos dos elementos que son totalmente contrarios? Solo Dios sabrá. Y, en realidad, fuera de su histeria nunca llegué a conocerla, mucho menos a comprenderla. Sé que su pasado fue trágico, pero mi propia tragedia ya era suficiente como para andar mirando más allá de mis propias preocupaciones. Y ahora, aunque su imagen me parece muy borrosa, en mi ADN aún hay algo que me cala hondo: su ausencia cada 10 de mayo. No sé si sea a causa del barullo de la mercadotecnia o del apego nuevemeseño al claustro materno, pero algo se nubla en mí durante ese día. En contraparte, según un diccionario de símbolos que leí en la universidad, la madre también puede ser terrible, ya que para algunas culturas simboliza la muerte y tiene el poder, la capacidad de darle punto final a la vida al igual que la madre naturaleza. Mi Mamá Elena representa precisamente eso: mi vida y mi muerte. Así nomás.

La tercera definición de la RAE, la cual me parece un tanto ambigua, dice: “mujer que ejerce las funciones de *madre*”. Intuyen-

do dichas funciones, traeré a mi mente a Mamá Elena 2. La nombro así no porque se parezca a la Mamá Elena de Laura Esquivel ni mucho menos a mi Mamá Elena biológica, sino porque a causa de la brecha generacional que existía entre nosotras yo la percibía como una mujer que se había criado bajo las creencias porfirianas (claro que esto, más que a su edad, se debía a la crianza de su madre, mi bisabuela). Por supuesto que estoy hablando de mi abuela, aunque esta palabra me parece extraña, pues jamás la miré de esta manera. Mujer matriarcal y culta, de carácter fuerte pero con un elegante sentido del humor, ella fue la que me enseñó que si me llegara a faltar un pie caminará con el otro, y siempre que se acercaba la erupción del volcán me brindaba refugio en su cama. La recuerdo sobre todo por su exquisita comida y su ingenio lingüístico: le encantaba inventarse juegos de palabras, decir proverbios y chistoretas. Si no se hubiera dedicado a la crianza de sus hijos, para lo cual no era diestra, estoy segura que hubiera sido una escritora talentosa. Además, no es que generalice pero, al igual que cualquier profesional dedicada de lleno a su trabajo, en materia de crianzas y de amor ella no ahondaba. Me reconforta pensar que de toda la familia soy yo la que se siente orgullosa de haber conquistado su frío corazón. He de admitir que de todas mis madres es la que más me pesa. Su ausencia llegó demasiado pronto a mi vida, cuando apenas se acercaba la verdadera tormenta: mi adolescencia. La crueldad de la naturaleza, esa “madre terrible”, se la llevó una noche de septiembre mientras ella callaba y nosotros ignorábamos su enfermedad. No estoy segura de si realmente no sufrió. Aunque no se quejaba, su mirada ya se había tornado triste y melancólica; su amor extrañamente se había transfor-

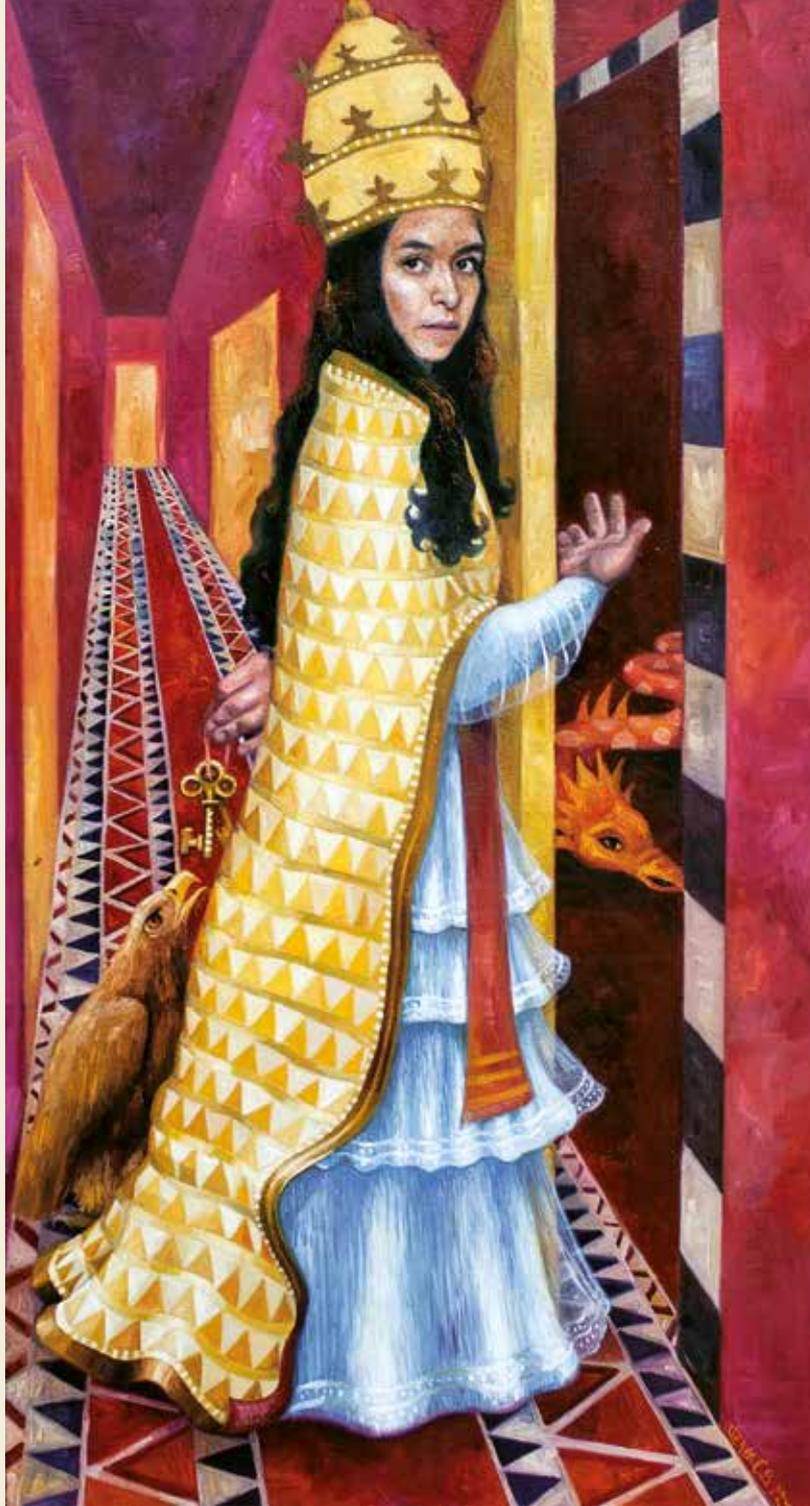


XIII. De la serie *Unus Mundus*.

mado en palabras. Después de un “te quiero mucho, hija”, no volví a verla jamás. Sufrí mucho y mis ojos se vaciaron, llené de lágrimas todos los rincones de mi pubertad. Al final, con esta ausencia no dejó de enseñarme pues en mi ADN hay

algo que resuena gracias a ella: su fortaleza que es la mía.

Por supuesto que tuve otras madres antagónicas o secundarias, pues qué mujer en su sano juicio no sufre por aquella niña desamparada y semihuérfana. Y

De la serie *Unus Mundus*.

ahora que lo pienso, creo que estaba desolada más por convicción de ellas que se empeñaban en verme como una niña débil, y yo, que no me sentía de esa manera, llegaba a creerlo por la excesiva compasión que me demostraban. Entre estas Mamá Elenas se encuentran las maestras del colegio que siem-

pre me escogían como su favorita del salón, se empeñaban en terapearme con pláticas de superación personal, me daban sus números telefónicos para lo que se me ofreciera y me llenaban de elogios y farsas. Y así ocurrió hasta que me aburrí de tanta atención. Me volví retraída, seria y dura; entre menos

me pusieran atención mejor me sentía. Me fui al otro extremo, no contaba con una guía que me enseñara el balance de la vida. Hasta que comencé a acercarme a otras Mamá Elenas. Desde las mamás de mis amigos, quienes me enseñaron a mirar más allá de las cuatro paredes de mi matriarcado familiar, hasta mis terapeutas y maestras de yoga con quienes aprendí a mirar hacia mi interior. Todas ellas mujeres. Recuerdo mucho a una en específico que siempre me abrió las puertas de su casa, me enseñó a no tenerle miedo a mi lado intuitivo, a expresar amor por el prójimo, que entre mujeres podemos ayudarnos. Sin olvidar a mis tías, quienes aún continúan cuidándome y escuchándome, y me hacen sentir en una infancia tardía. Si no fuera por ellas, definitivamente no hubiera podido continuar con mi camino profesional. Quién sabe qué habría pasado; tal vez estaría trocando por el mundo con una mochila o me habría conformado con cualquier trabajo de paga modesta.

Pero ya no quiero pensar en el *hubiera*. Creo que al final debería sentirme satisfecha por todas las madres que han pasado por mi vida y que me han enseñado de todo. No recuerdo bien dónde leí que un verdadero amor platónico es aquel que se encuentra en el padre ausente, a lo que yo solo puedo responder que mi más grande amor platónico tiene fecha: 10 de mayo.

Es así como mi Mamá Elena valió madre. Y entre tantas madres que tuve encontré mi esencia: algún día seré la mejor Mamá Elena de todas. **LPyH**

Claudia Ramírez (Xalapa, 1990) es estudiante de Lengua y Literatura Hispánicas y egresada de Lengua Francesa por la uv. Ha traducido textos de próxima publicación en *La Palabra y el Hombre*.